

tades en que había puesto á los franceses la falta de simultaneidad en sus movimientos. Las tropas del general England sostuvieron el fuego con mayor tesón: la 1.^a brigada tomó posesión á la derecha del barranco, mientras la 2.^a descendía el que separaba la izquierda de los ingleses de la derecha de las obras francesas avanzadas para atacar las emboscadas rusas y hacer una demostración en frente del ancon del arsenal: esta última logró apoderarse del cementerio, aunque verdaderamente con muy poca resistencia por parte de los rusos; y luego se pusieron en marcha cuatro compañías del 18.^o regimiento, que lograron penetrar en el arrabal, apesar del vivo fuego de fusilería que les estaba haciendo el enemigo desde un ángulo de una de sus obras. Estas tropas entraron en el mencionado arrabal á las cuatro de la mañana y permanecieron en él hasta las nueve de la noche, y aunque esta permanencia estuvo muy lejos de ser voluntaria, porque los rusos incendiaron una parte de las casas y se prepararon inmediatamente para cortarles la retirada, esta se verificó con un orden admirable, siendo muy extraordinario que no se haga mención de un hecho de tanto mérito en ningun parte de los generales aliados.

Las pérdidas que experimentaron los rusos durante el bombardeo del día anterior y el asalto, fué de mas de quinientos muertos y unos tres mil y quinientos heridos, entre ellos el general Zamarine y el jefe de la artillería de la torre Malakoff, pero la de los aliados fué mas importante, como era natural, pues ascendió á unos mil y quinientos muertos, entre ellos el general francés Brunet (1), el general inglés Campbell, cuatro coroneles y otros cincuenta oficiales, y unos tres mil heridos, entre los cuales había los generales Mayran, que murió durante la noche del 18 al 19, Lafont de Villiers y Eyre, el coronel Malher, que murió en 7 de julio, y otros ciento y cincuenta oficiales, y por último seiscientos franceses que cayeron prisioneros al penetrar en la torre Malakoff. Lord Raglan recibió tambien una lijera contusion en la cabeza.

Al otro día el príncipe Gortschakoff felicitó á sus tropas en la siguiente orden:

«Alturas de Inkerman 19 de junio.—Camaradas: el sangriento combate de ayer, y la derrota de un enemigo desesperado coronaron nuevamente nuestras armas de laureles inmortales. Rusia os debe su reconocimiento, y no os lo negará por cierto. Hay millares de nuestros compañeros de armas que han sellado con su sangre el juramento que habían prestado, cumpliendo

(1) Juan Andrés Luis Brunet nació en Valence en 3 de febrero de 1803; á la edad de diez y seis años fué admitido en la escuela militar de Saint-Cyr, de donde salió en 4.^o de octubre de 1821 en calidad de subteniente agregado al regimiento 51.^o de infantería de línea; en 9 de octubre de 1825 fué ascendido á teniente; en 12 del mismo mes se embarcó para la Guadalupe, donde el 31.^o estuvo de guarnición hasta el año 1832; en 28 de febrero de este mismo año fué nombrado capitán; en 6 de octubre de 1837 recibió la cruz de caballero de la legión de honor; en 28 de julio de 1840 fué nombrado jefe de batallón del 7.^o regimiento de infantería lijera, aunque el mismo día pasó al 48.^o de línea; en 17 de agosto siguiente partió para el Africa, en cuyas campañas se distinguió; desempeñó el gobierno superior de Milianah; en 31 de diciembre de 1841 fué ascendido á teniente coronel, y luego regresó á Francia. En 26 de setiembre de 1845 fué nombrado coronel del 15.^o regimiento de infantería; en 18 de setiembre de 1847 oficial de la legión de honor; en 5 de marzo de 1851 recibió el grado de general de brigada; en 2 de mayo se encargó del mando de la subdivisión del Norte y al mismo tiempo de la inspección del depósito del 7.^o batallón de cazadores de á pié; en 12 de mayo de 1852 pasó á mandar la subdivisión del Paso de Calés, y en 20 de octubre la 1.^a brigada del cuerpo de ocupación en Roma, siendo nombrado comendador de la legión de honor en 10 de agosto de 1853. Por último en 29 de agosto de 1854 fué ascendido á general de división; en 21 de setiembre comenzó á desempeñar el cargo de inspector de las tropas del cuerpo expedicionario del Báltico, regresó á Francia despues de la toma de Bomarsund, y en 2 de diciembre recibió el mando de la 9.^a división de infantería del ejército de Oriente.

Napoleon III dirigió á la viuda del general Brunet la siguiente carta:

«Palacio de las Tullerías 25 de junio.—Señora: el general Brunet acaba de sucumbir en el momento en que estaba dando á su país una prueba brillante de su valor y de su entusiasmo. Francia, que desde mucho tiempo le había clasificado entre sus defensores mas valientes, le cuenta ahora entre las víctimas que mas han escitado su dolor. Yo, que sabía apreciar todo el mérito del que estais deplorando, me asocio muy sinceramente á vuestro llanto. Recibid pues la espresion etc.—Napoleon.»

1855

de esta suerte con la promesa que hice al emperador, nuestro comun padre. Recibid su mas sincera gratitud.

»Camaradas: en marcha están numerosos refuerzos de todos los puntos de nuestra santa Rusia, y en breve llegarán. Oponed vuestros pechos viriles, como hasta ahora, á las mortíferas balas de nuestros impíos enemigos, y morid como han muerto algunos miles de nuestros camaradas, cara á cara con las armas en la mano, antes que violar el juramento que habeis prestado al emperador y á la patria, de conservar á nuestra Sebastopol.

»Soldados: el enemigo ha sido vencido y rechazado con pérdidas enormes. Permitid á vuestro jefe que os reitere su reconocimiento en nombre del emperador, nuestro augusto monarca, y en nombre de la patria, nuestra santa y ortodoxa Rusia. Ha sonado la hora de abatir el orgullo de nuestros enemigos, y de echar de nuestro territorio á sus ejércitos como la paja que arrebató el viento. Tengamos confianza en Dios, y luchemos por el emperador y por la patria.

»Esta orden del día será leída testualmente en todas las compañías y en todos los escuadrones de los diferentes cuerpos de tropas.—Príncipe Gortschakoff.»

El general Pélistier publicó por su parte la siguiente:

«Soldados: en la jornada de 18 de junio nuestras águilas se mostraron en las obras mismas que forman el recinto de Sebastopol; pero fué preciso suspender una lucha que hubieran hecho sobrado sangrienta ciertas circunstancias con que no me creía obligado á contar, y os habeis retirado con orden á vuestras líneas, sin que el enemigo osara salir de sus atrinchamientos ni inquietaros en la retirada.

»Estamos actualmente en la misma posición que en la víspera del combate; la confianza que tengo en vuestro entusiasmo y triunfo, continúa siendo la misma. Los refuerzos recibidos diariamente son mas que suficientes para ocupar el puesto de los que han sucumbido gloriosamente y cuya memoria habeis jurado interiormente vengar.

»Hemos ganado terreno, y estrechando mas y mas al enemigo le alcanzaremos indudablemente. El enemigo no puede subsistir ni llenar los vacíos que experimentan sus filas, ni adquirir municiones sin esfuerzos inauditos, al paso que nosotros, dueños del mar, renovamos continuamente y en abundancia nuestros recursos.

»Soldados: vosotros os mostrareis mas sufridos y enérgicos que nunca en esta obstinada lucha, de cuyo éxito depende la paz del mundo y en la cual habeis dado unas pruebas de abnegación, de valor y de patriotismo, que han rodeado de inmortal gloria nuestras banderas.

»A nadie tengo que citar especialmente entre tantos valientes que honraron su nombre en la heroica lucha de 18 de junio.

»Gran cuartel general delante de Sebastopol 22 de junio de 1855.—El general en jefe A. Pélistier.

Tal fué el resultado del primer asalto de Sebastopol. Las grandes dificultades en que habían tropezado hasta entonces los aliados para apoderarse de la plaza infundían varias dudas en el ánimo de los publicistas, no siendo pocos los que suponían la imposibilidad de tomarla; mas aunque la desgraciada tentativa de 18 de junio parecía corroborar sus asertos, jamás hemos adoptado semejante idea, porque, como decíamos á mediados de junio (1), la historia nos demuestra que los cálculos humanos son muy falibles, y que muchas veces ocurre una traición, una omisión fatal ú otro hecho imprevisto que defraudan los mejores planes. Por mas que se

(1) Pág. 412.

diga, los rusos habian creído siempre en la posibilidad de ver destruida aquella fortaleza, y así lo demuestra no solamente el grande ahinco con que desde mucho tiempo trabajaban en fortificar á Kirburn y Otchakoff (1), sino tambien otro hecho mas elocuente, y es que á principios de junio, probablemente despues de la pérdida de los reductos de Volhinia y de Selinghinsk, trasladaron á la parte septentrional de Sebastopol una cantidad muy notable del material de guerra que habia en la parte meridional; pero la victoria de Malakoff reanimó sus esperanzas, y les indujo á creer en la posibilidad, no de continuar la defensa de la plaza por un tiempo indefinido, sino de sostenerla hasta la llegada de los refuerzos que estaban en marcha, para arrojar al mar á los sitiadores y reparar las gravísimas faltas cometidas en Inkerman. Los combates del mes de mayo y de 7 de junio argüian de parte de los rusos alguna falta de prevision, y la misma victoria de 18 de junio, lejos de proporcionarles una nueva ventaja, sin embargo de la facilidad con que hubieran podido beneficiar la excesiva confianza del general Pélissier, indujo á los aliados á consolidar sus posiciones. En efecto, los reductos de Brancion y de Lavrande no se hallaban á la sazón á cubierto de un golpe de mano, pero los franceses se dedicaron desde entonces á armarlos poderosamente para que no se hallasen otra vez espuestos al peligro de que acababa de librarlos la falta de iniciativa de los generales rusos.

El asalto de la torre Malakoff justificó completamente la táctica del célebre Tottleben, que poco despues de haberse principiado el sitio mandó construirla para poner á cubierto, no solamente al Karabelnaia, sino tambien toda la parte meridional de Sebastopol. Cuando los aliados se presentaron á la vista de la plaza, el príncipe Menschikoff preguntó al ingeniero en jefe cuánto tiempo era preciso para ponerla en estado de defensa, y el ingeniero le respondió que por lo menos se necesitaban dos meses; mas habiendo oido esta respuesta el jóven Tottleben, que á la sazón era capitán y solo tenia treinta y dos años de edad, se atrevió á replicar que si se le daba toda la gente necesaria se obligaba á cumplir aquel encargo en dos semanas. El príncipe Menschikoff le prometió cuanto pedia; Tottleben cumplió su palabra en doce dias; fué nombrado coronel, dirigió desde entonces esta brillante defensa, mucho mas gloriosa para los sitiados que para los sitiadores, y en recompensa de sus grandes talentos y de sus grandes trabajos, fué ascendido á general y ayudante de campo del emperador. Los dos grandes duques fuéron personalmente á casa de su mujer, que residia en San Petersburgo, para felicitarla por el ascenso de su marido, y este hecho prueba con mas energia que toda la palabreria de muchos periódicos, que el talento no se halla sujeto en Rusia á los privilegios de antigüedad ó de clase, porque el general Tottleben es hijo de unos pobres tenderos de Riga, y en la actualidad alterna con suma distincion entre los mas altos personajes del ejército, de la corte y del gobierno.

(1) Pág. 442.

LIBRO VI.

Segunda campaña marítima de los aliados en el Báltico.

Nuestros lectores recordarán el entusiasmo con que fueron saludadas las escuadras aliadas el año anterior en el acto de salir de los puertos de Inglaterra y Francia para el Báltico. El número y la potencia de los buques, la fama del almirante Napier, á quien se habia comparado con el célebre Nelson, la importancia de los puntos que debian ser el blanco de sus ataques, todo inducia á creer que el resultado de aquella campaña marítima seria la destruccion de la pujanza rusa, el término de la presente guerra y el restablecimiento del equilibrio europeo; mas cuando las escuadras abandonaron los mares del Norte sin haber consumado otra hazaña que la toma de la insignificante fortaleza de Bomarsund y la posesion de las islas de Alandía, que quedaron abandonadas á su suerte, sin que el gobierno sueco creyera conveniente apropiárselas, declamóse en la prensa y en la tribuna contra el gobierno inglés y contra el mismo almirante Napier, que con su supuesta cobardía habia burlado las lisongeras esperanzas, no solamente del pueblo, sino tambien de la mayor parte de los hombres de estado de Inglaterra. Despues de varios reconocimientos, el almirante Napier confesó la imposibilidad de atacar á Cronstadt, porque las circunstancias especiales de aquel fuerte le hacen, no ya inespugnable, sino *inatacable* (1); pero temiendo el supremo desaire con que seria recibido en Inglaterra si se retiraba del Báltico sin haber dado cima á ninguna hazaña de las muchas con que contaba la opinion pública, quiso por lo menos apoderarse de Sveaborg, y despues de haber reconocido este fuerte, que es una de las ciudadelas mas importantes que posee Rusia en el golfo de Finlandia, propuso dos planes para atacarla, á saber, uno que le parecia incierto, y otro que en su concepto era infalible, aunque no en una estacion tan avanzada, que hacia imposible contar con el tiempo por espacio de dos horas siquiera. El almirantazgo tuvo en cuenta las razones de Napier; mas habiendo llegado á principios de octubre la falsa noticia de la toma de Sebastopol, el gobierno inglés creyó interesada su honra en presentarse á los ojos del mundo con una gloria que rivalizase con la de los franceses, y mandó que se atacase inmediatamente á Sveaborg. Este ataque, en semejantes circunstancias, hubiera acarreado probablemente la pérdida de la escuadra inglesa, en especial habiéndose ausentado ya la francesa; por lo que el almirante Napier escribió al almirantazgo en 10 de octubre ofreciéndole su dimision. Este hecho dió lugar á una correspondencia que respiraba alguna animosidad por ambas partes: el almirante Napier llegó á Londres en 22 de diciembre, mas el primer lord del almirantazgo no quiso discutir siquiera sus operaciones, y el mismo dia le mandó que arriase la bandera y desembarcase. Semejante medida dió margen á una contienda muy viva, porque el almirante se creyó destituido del mando; y aunque sir James

(1) Tom. I, pág. 448.